

# BREVE ESTUDIO CRITICO DEL MARXISMO

Luis BRAVO Bravo  
Capitán de Navío, Armada de Chile



A DECLARACION de principios de la Junta Militar de Gobierno, señaló que Chile no es neutral

frente al marxismo; se lo impide su concepción del hombre y de la sociedad, fundamentalmente opuesta a la de dicha ideología; por tanto, el actual gobierno no teme ni vacila en declararse antimarxista. Esta definición, tan clara y terminante, tiene su explicación en lo que es el marxismo y su política real y vigente: el comunismo, y nos obliga, no sólo a poseer conceptos claros y fundamentados acerca de nuestros propios principios y puntos de vista, sino además a conocer cabalmente los que sustenta esa ideología, con el fin de entender por qué nuestra posición implica una concepción de la vida opuesta a la de aquélla, y por qué ambas concepciones son antagónicas y no pueden por tanto coexistir en un mismo país. Pero ¿qué es el marxismo y qué es el comunismo? ¿Tenemos realmente un concepto fundamentado acerca del significado de estas expresiones y de la doctrina que hay tras ellas? En las circunstancias políticas que ha vivido y vive actualmente nuestra patria, no basta ya con poseer un "criterio ilustrado" acerca de esos temas; se requiere algo más, y eso es lo que este artículo pretende entregar, en forma condensada y sencilla, al lector

interesado en estas materias que no dispone del tiempo necesario para estudiarlas en la abundante literatura existente al respecto.

Definir es siempre difícil, más aún cuando se trata de algo abstracto; por eso nos ha parecido mejor emplear las definiciones que los propios marxistas dan sobre "marxismo" y "comunismo": "Marxismo": "Sistema científico en desarrollo, de puntos de vista político-sociales que constituyen la concepción del mundo de la clase obrera". Sus fundadores fueron Marx y Engels. Lenin hizo, a su vez, un aporte extraordinario a su desarrollo. "Comunismo científico": "Expresión teórica del movimiento comunista, ciencia del avance de la sociedad humana, basada en leyes, hacia el comunismo. El comunismo científico surgió como doctrina sobre las condiciones de la liberación del proletariado, de la futura sociedad sin clases, de los caminos y métodos para su constitución. Es una de las partes del marxismo-leninismo y se basa en las conclusiones de sus otros elementos que son la filosofía (materialismo dialéctico e histórico) y la economía política, donde el comunismo aparece como su continuación y culminación".

Estudiando con detención estas definiciones podemos establecer algunas conclusiones:

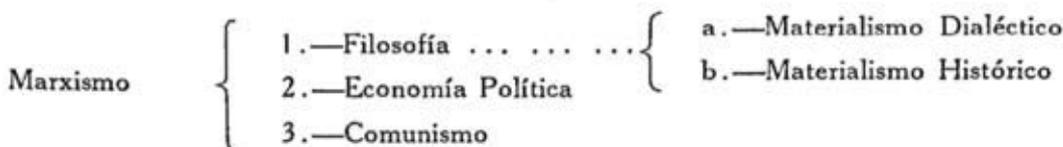
1.—El todo es el marxismo-leninismo (o simplemente marxismo); el comunismo es sólo una parte de ese todo.

2.—El marxismo consta de tres componentes:

a) la filosofía, b) la economía política, y c) el comunismo, siendo este último una continuación y culminación de los dos anteriores. En otras palabras, el co-

munismo, dentro del contexto del marxismo, deriva de la filosofía marxista y de la economía política. La filosofía marxista, a su vez, está compuesta por: (1) el materialismo dialéctico, y (2) el materialismo histórico.

Para facilidad de comprensión podríamos graficar estos conceptos en la siguiente forma:



También es posible establecer dos conclusiones más derivadas de estas definiciones:

3.—El marxismo por ser un sistema científico "en desarrollo" (pese a que la expresión "sistema científico" parece poco precisa) es un sistema abierto, vale decir, no se ha dicho aún sobre él la última palabra, y no sólo podría agregársele algo más en el futuro, sino que incluso parte o todo lo establecido hasta hoy podría sufrir modificaciones.

4.—Los fundamentos del marxismo debemos buscarlos en Marx y Engels, y secundariamente, en Lenin.

### Marx y la Revolución Industrial

Marx fue fundamentalmente un reformador social y para comprenderlo debemos conocer las circunstancias en que le tocó vivir, ya que en ellas reside el origen de sus ideas y doctrinas; Marx (1818-1883) vivió en una época muy especial, más bien dicho única, en la historia de la humanidad: el período de la "revolución industrial".

La civilización mundial, durante milenios, se basó en la agricultura; el hombre primitivo, nómada y pastor, se civilizó al afincarse en la tierra, al hacerse agricultor, al transformarse en sedentario. La vida pasó a realizarse en poblados que tomaron el nombre de ciudades o villas, y que constituían verdaderos centros de cultura, dependiendo de los campos circundantes para su subsistencia. Fue pues así casi natural que el poder político, so-

cial y legal proviniera de la tierra, y que la posesión de ésta confiriera poder a su dueño. Gobernaban, pues, los nobles, dueños de la tierra, y en ella trabajaban los siervos.

En las ciudades y villas encontraban su fuente de trabajo los artesanos, los mercaderes y los profesionales de la época: médicos, alquimistas, filósofos, astrólogos, etc., formando una sociedad, si no justa, por lo menos orgánica y funcional. Así vivió la humanidad unos 40 ó 50 siglos, hasta que la máquina irrumpió para alterar este orden, dando origen al fenómeno socio-económico de la "revolución industrial", cuya influencia alcanzó a todo el mundo, provocando un cambio radical en las costumbres, las ideas y las creencias.

La "revolución industrial" tuvo origen en la máquina de vapor ideada en 1698 por Thomas Savery, y en la máquina atmosférica de Thomas Newcomen, planeada en 1705, pero sólo alcanzó mayoría de edad en 1769, cuando James Watt construyó la primera máquina de vapor.

La industria, sin embargo, ya era conocida desde mucho antes, pero había sido meramente artesanal, realizándose en pequeños talleres, con pocos operarios, todas ellos calificados, y donde había escasa distinción entre patrón y obreros.

Es fácil comprender el impacto causado por la máquina de vapor, si se piensa que hasta entonces las únicas fuerzas que el hombre había tenido a su disposición eran la muscular, animal o humana, la

del viento y la del agua; ahora, de pronto, el nuevo invento ponía a sus órdenes un poder enorme, equivalente al trabajo de muchos hombres.

La industria hasta entonces había sido esencialmente cualitativa, exigiendo mano de obra altamente especializada. La que surgía ahora presentaba características diametralmente opuestas: no era ya cualitativa sino cuantitativa, y dado que no requería de un reducido personal selecto como antes sino de gran cantidad de mano de obra no especializada, se concentró en fábricas y grandes centros industriales, que actuaron como focos de atracción para miles de obreros, dando así lugar al nacimiento de ciudades que ya no fueron centros de cultura como las idílicas villas de la era anterior, sino centros de negocios en que las artes fueron desplazadas por el flujo del dinero.

Las nuevas ciudades crecieron rápida y desordenadamente, y no tuvieron ya la benéfica influencia de los campos circundantes. El sustento de los grupos familiares dependía sólo del exiguo salario pagado por las fábricas, y pronto se trocaron en centros de hacinamiento y miseria por efecto de la inoperancia de las instituciones de una sociedad que había dejado de ser funcional. Era indispensable una adecuación a las exigencias de la era presente, pero ésta demoró mucho y cuando finalmente llegó, era demasiado tarde.

El auge industrial había dado origen a una nueva clase social de asalariados permanentes, de descontentos crónicos: el "proletariado" de los teóricos marxistas. Esta expresión derivó de la palabra "prole" que significa hijos, pues otro factor común de la nueva clase, además de su extrema pobreza, era su numerosa descendencia, que gravitaba pesadamente sobre ella para tornarla aún más angustiada.

El proletariado, en realidad, existía ya en la era agrícola, pero en forma individual, nunca reunido como ahora en manadas. Se trataba, por otra parte, de hombres libres que a menudo eran sus propios patrones, y que tenían algo valioso que ofrecer en un mercado selectivo de capacidades: su habilidad artesanal. La máquina de vapor hizo innecesaria esta cualidad y al convertir al trabajador en mero auxiliar lo despojó de lo único que le había permitido luchar con éxito en el

mercado ocupacional. Ahora no se requería especialización y el trabajador manual quedó en desventaja.

La máquina de vapor con su producción masiva, despersonalizó a los hombres; el obrero pasó a ser un número perdido en la multitud de la fábrica, sometido a una rígida disciplina, agobiado por interminables jornadas de trabajo, acosado, más que vigilado, por capataces a menudo inhumanos, sin descanso apropiado, sin previsión social de ningún tipo. Sometido a un salario mísero que nada podía hacer por mejorar, y que apenas le permitía sobrevivir. En el ambiente sórdido de las ciudades industriales, miles y miles de desposeídos se amontonaban, ante la indiferencia de la clase dominante, compartiendo su miseria y rumiando su descontento y desesperanza.

En esa época, el "capitalismo" estaba en pleno auge y el "liberalismo" era su expresión política y económica. Lo que importaba era el individuo; y cada uno debía luchar para obtener su propio bienestar. Se creía contribuir así a crear el bien común.

Imperaba la ley del más fuerte y se rechazaba toda intervención del Estado para dar protección a los débiles, por ser considerada contraria a las leyes naturales, y en especial a la libertad humana. Los hechos han demostrado la falacia del planteamiento individualista liberal, pues el bienestar individual puede conseguirse sin contribuir al bien común de la sociedad, o incluso a veces a costa de éste, como ocurrió precisamente en los tiempos de Marx.

El proceso de industrialización hizo nacer otra nueva clase social: la burguesía, formada por los dueños de las industrias, quienes, fieles al pensamiento individualista, sólo se preocupaban por aumentar sus ganancias, haciendo trabajar en forma inhumana a sus operarios y pagándoles sueldos miserables. Era sin duda la explotación del hombre por el hombre, denunciada en numerosas obras literarias de la época.

La vida que llevaba esta clase social, confortable y a menudo lujosa, contrastaba violentamente con la paupérrima forma de subsistencia del proletariado, a raíz de lo cual surgió un sentimiento también nuevo: el odio de clases, creando en

los desposeídos un núcleo de descontentos permanentes, progresivamente opuestos al orden social existente, pues nada podían perder, ya que nada tenían y dispuestos a seguir a cualquier agitador o demagogo que les ofreciera un cambio.

En la extrema pobreza del obrero radicaba una de las contradicciones del sistema capitalista de aquel tiempo: la producción en serie exige como complemento un consumo también en masa, lo que a su vez requiere de un poder adquisitivo suficiente. Sin embargo, en ese momento histórico, el mercado externo absorbía la producción de los países industrializados, y por su conquista y consolidación éstos mantenían entre sí una sorda competencia que exigía una fuerte y constante reinversión de los industriales para poder sobrevivir en la lucha. Esto hacía prácticamente imposible aumentar los salarios, lo que hubiera equivalido a incrementar los costos de la producción, hecho que, lisa y llanamente, significaba el suicidio económico. Al contrario, se exigió más trabajo por igual salario, es decir, jornadas de labor más prolongadas; o menor salario por determinadas labores, lo que llevó en ocasiones a reclutar para las fábricas a niños de corta edad. Esto contribuyó a la efervescencia social, propicia a la incubación y desarrollo de ideas revolucionarias, por descabelladas que fuesen.

Era evidente que las cosas no podían continuar como estaban por mucho tiempo.

La miseria, cada vez más extendida, ocasionó vastas oleadas migratorias, y fue así como entre 1831 y 1852, millones de personas se desplazaron hacia los Estados Unidos.

Los moldeadores espirituales de esa época fueron tres hombres que, por curiosa coincidencia, llevaban el nombre de Carlos: Carlos Clausewitz, Carlos Darwin y Carlos Marx. Este último es el que en especial interesa a nuestro estudio. Von Clausewitz, en su obra "De la guerra" propugnaba una vuelta al espartanismo que convertiría al estado en una máquina militar. Darwin, en su "Origen de las especies" exponía su teoría de la supervivencia de los mejor dotados en un conflicto sin fin, y Marx en su "Manifiesto Comunista" basaba su teorema social en el antagonismo de clases.



Karl Marx (1818-1883). Doctor en filosofía y abogado; creador indiscutido del movimiento político-social que lleva su nombre.

Carlos Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris (Alemania) en el seno de una familia judía que había adoptado, por conveniencia, la religión protestante. Esto significó un ambiente de indiferencia religiosa que sin duda influyó más tarde en su apreciación negativa de la religión. Su padre fue magistrado de tendencias liberales, y por consiguiente de ideas avanzadas para su época. Después de una breve permanencia en la Universidad de Bonn, donde estudió leyes, siguió estudios filosóficos en Berlín, y se recibió de doctor en filosofía en la Universidad de Viena. Inicialmente se dedicó al periodismo, fundando la combativa "Gaceta del Rin", y más tarde, cuando ésta fue prohibida en Alemania, se fue a París, donde conoció a Federico Engels (1820-1895), hijo de un acaudalado industrial del algodón y que poseía una fábrica cerca de Manchester. Entre ambos surgió una profunda y sincera amistad que debía durar toda la vida, especialmente provechosa para Marx, ya que Engels no sólo colaboró activamente con él, sino que, además, le asignó una renta anual de 350 libras esterlinas, lo que le permitió dedicarse a sus teorías filosóficas sin preocuparse de problemas económicos.

De acuerdo a los cánones marxistas usuales para catalogar a los individuos, tanto Marx como Engels fueron burgueses por nacimiento y forma de vivir y no se tiene noticia de que alguno de los dos haya realizado algún trabajo manual durante su vida.

En París, Marx redactó sus famosos "Manuscritos Económico-filosóficos" en 1844, y junto con Engels la "Ideología Alemana" y la "Sagrada Familia". Luego los dos escribieron en 1848, en Bruselas, el texto del "Manifiesto Comunista", una virulenta exposición teórica que hasta hoy constituye el evangelio del marxismo ortodoxo.

Convencido de que la única solución a la injusticia social de su tiempo era transformar desde sus cimientos el sistema capitalista, Marx lanzó en esta obra su famoso grito de guerra: "Proletarios del mundo, uníos", llamando a la clase asalariada a destruirlo y construir otro más justo en su reemplazo.

Poco después se estableció en Londres, donde residió el resto de su vida. Hacia 1860 empezó su obra máxima: "El Capital", que no alcanzó a terminar ni revisar. El primer tomo apareció en Alemania en 1867, y los dos siguientes fueron publicados después de su muerte por Engels.

La vida de Marx se extinguió apaciblemente el 14 de marzo de 1883, en Londres. En su vida privada fue un esposo y padre de familia ejemplar.

"El Capital" no es un libro de lectura fácil; el estilo es pesado, el razonamiento abstracto, las ideas densas. Fue escrito para líderes políticos de izquierda, para intelectuales, y especialmente para los trabajadores; unos y otros se han contentado sin embargo con los resúmenes que de él se han hecho. Pese a ello la influencia de su doctrina ha sido enorme y puede decirse que ha cambiado el curso de la historia.

De estos tres Carlos, Marx fue el más afortunado, pues alcanzó a conocer los escritos de los otros dos, y sacar el consiguiente provecho de sus ideas. Fue un gran admirador de Darwin, y las teorías evolutivas de éste están implícitas en la base de sus teorías sociales. Asimismo, tanto Marx como Engels estudiaron profundamente a Clausewitz y asimilaron

aquella parte de sus teorías bélicas que convenía a sus propósitos revolucionarios.

Marx fue sin duda un iluso y un visionario, y aunque cometió numerosos errores en el desarrollo de sus teorías sociales, es justo reconocer que se inspiró en un ideal humanista y social muy elevado: la liberación total del hombre y la constitución de una sociedad capaz de dar desarrollo pleno a todos, que él imaginó como una comunidad fraterna, en la cual, el libre desarrollo de cada uno sería la condición del libre desarrollo de todos.

Es necesario por lo tanto dejar claro que el "marxismo-leninismo" actual, es decir el pensamiento del fundador del marxismo interpretado por Lenin, tiene poco o nada que ver con el marxismo inicial, pese a las pretensiones de los países comunistas, y no corresponde a los ideales del fundador, que pueden pecar de utópicos o irrealizables, pero que son bien inspirados y profundamente humanistas. Desde Marx a Mao Tse-tung, pasando por Lenin y Stalin, el "sistema en desarrollo" sufrió cambios fundamentales en algunos aspectos. De la teoría a la práctica los ideales se perdieron por el camino, y a partir de Lenin el comunismo se distanció cada vez más de la inspiración humanista de Marx, para llegar a constituir regímenes colectivistas, que en lugar de propender a la tan anhelada liberación del hombre, no han hecho sino crear nuevas formas de esclavitud y totalitarismo.

### La Doctrina Marxista

Si bien Federico Engels contribuyó a la elaboración de algunas de sus obras clásicas, el pensamiento marxista debe atribuirse exclusivamente a Marx. Engels, alemán también, nacido en Bremen en 1820 y fallecido en Londres en 1895, lo reconoció explícita y repetidamente. Por su parte, él fue autor de algunas obras consideradas hoy como fuente del pensamiento marxista, entre las que cabe destacar "La evolución del socialismo de la utopía a la ciencia", y "El origen de la familia, la propiedad privada y el estado"; pero sin duda su obra más importante es la "Revolución científica del Sr. E. Dühring", publicada en 1877-78, y más conocida como el "Anti-Dühring", que constituye un magistral resumen de "El Capital".



Federico Engels (1820-1895). Industrial del algodón, amigo y colaborador de Marx. Co-autor del Manifiesto Comunista.

Engels no trató de aportar nuevas ideas a las doctrinas de Marx, a quien sobrevivió, sino que procuró constituirse en su intérprete, explicando y aclarando lo que aquél quiso decir en sus diferentes obras. Los estudiosos del marxismo han encontrado, no obstante, diferencias entre lo expuesto por Marx y la interpretación dada por Engels, lo que explica en parte muchas divergencias entre el marxismo contemporáneo y el pensamiento original de su creador. Estas, sin embargo, tienen escasa significación para los objetivos de este breve estudio y sólo nos limitamos a consignar su existencia.

Como filósofo, Marx le debe mucho a Hegel, quien fundó las leyes de la dialéctica, aunque sobre una base idealista, y a Feuerbach, que desarrolló el punto de vista materialista. Hegel, a su vez, derivó su sistema filosófico del sistema dialéctico socrático, proceso crítico de pregunta y respuesta cuya finalidad es descubrir las contradicciones existentes en las materias en discusión. Pero mientras para Sócrates el sistema representaba sólo simples obstáculos que era necesario superar, Hegel en cambio le atribuyó un valor esencial, llegando incluso a afirmar que el proceso hacia la verdad sólo puede lograrse me-

dante la oposición. En pocas palabras: el proceso dialéctico consiste en una tesis que afirma una proposición y una antítesis que la niega; luego, de la confrontación de ambas, surgirá una síntesis que recogerá lo que haya de valor o verdad en una u otra.

Cuando la síntesis así obtenida haya sustituido a la tesis, pasará a su vez a constituirse en una segunda tesis, a la que se opondrá una segunda antítesis que dará origen a otra confrontación de la que surgirá una nueva síntesis; y así sucesivamente, hasta llegar a la verdad absoluta.

Es un proceso ascendente, que va de lo simple a lo complejo, de lo relativo a lo absoluto, perfeccionándose a cada nuevo paso. Marx invirtió el proceso, y en lugar de ascender hacia lo absoluto, lo inició en forma descendente a partir de lo que consideraba una verdad irredargüible: el axioma de que el mundo material constituye la única realidad; el mundo físico, o la materia, como la definió más tarde Lenin, "que podemos captar con nuestros sentidos, y es susceptible de ser medida, pesada, cuantificada". Por ello el proceso se denominó "materialismo dialéctico". Marx descartó el idealismo, afirmando que el mundo tiene existencia objetiva independiente de su percepción por los humanos, y que mediante el proceso dialéctico es posible lograr un conocimiento de él; éste, pese a ser incompleto, tendrá siempre un núcleo de verdad que irá creciendo a medida que el proceso progresa. El materialismo dialéctico se torna así en el único medio científico de llegar a la realidad.

El proceso dialéctico de Marx descansa en la afirmación inicial no demostrada, de un axioma o dogma de fe pagano, y por tanto es válido sólo en la medida en que tal axioma sea aceptado o pueda ser demostrado "a posteriori", condición esta última "sine qua non" para el incrédulo, ya que los actos de fe carecen de sentido en el materialismo.

El proceso es sin duda lento y laborioso, como si un labrador después de la trilla pretendiera separar el trigo de la paja molida recolectándolo grano por grano desde la parva; nada podemos objetar a la calidad del trigo así obtenido, pero el proceso final de recolección parece poco práctico, por así decirlo.

El materialismo histórico no es más que el materialismo dialéctico aplicado a las relaciones humanas dentro de la sociedad. Marx afirma que la obtención de los medios necesarios para vivir, más el intercambio de todas las cosas producidas, es el principio que rige las relaciones humanas. Vale decir, que la determinante de todos los cambios sociales debe buscarse en las formas de producción e intercambio.

Esta aseveración deriva de la falacia de deducir que el hombre vive para comer, a partir del hecho innegable que requiere comer para vivir; atribuyendo a la especie humana una actitud propia de la especie bovina, por ejemplo.

Sostiene que la producción engendra dos tipos de relaciones: entre los hombres y los instrumentos de producción, a las que llama "fuerzas productivas", y de los hombres entre sí, a las que denomina "relaciones productivas"; y establece que cuando varían las primeras deben necesariamente modificarse las segundas. Continuando con su razonamiento, dice que en un período histórico anterior, ciertos miembros de la sociedad adquirieron el control sobre las "fuerzas productivas", lo que condujo a la propiedad privada. Las "relaciones productivas" se entablaron entonces entre dos clases antagónicas, o como señala textualmente la frase con que comienza el "Manifiesto Comunista": "La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases".

Según eso en todas las sociedades posteriores a la primitiva hubo siempre esta oposición entre una clase dominante y otra dominada: "Hombres libres y esclavos —sigue el Manifiesto—, patricios y plebeyos, señores y siervos, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta". Los autores del Manifiesto piensan que toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado, y que esto vale no sólo para el pasado y presente, sino también para el futuro. Según el "Manifiesto", la consecuencia de la lucha de clases ha sido siempre la transformación de las sociedades

En el régimen burgués es la agudización de las tensiones sociales y el aumen-

to del poder del proletariado hasta el punto de provocar la última revolución social y política, la cual transformará la sociedad de manera definitiva en una sociedad sin antagonismos: "la burguesía —dice el "Manifiesto"— produce sus propios sepultureros, y su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables". Dicha victoria hará posible la construcción de la sociedad comunista sin clases, y, por lo tanto, sin antagonismo de clases. Esto se explica diciendo que el régimen capitalista de producción, al convertir progresivamente en proletarios a la mayoría de la población, crea la fuerza que obliga a llevar a cabo esa revolución para no perecer. Esta última consistirá en la toma del poder político por el proletariado, y en la transformación de los medios de producción colectivos. De este acto revolucionario nacerá una sociedad en que "el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos".

Para demostrar su razonamiento, Marx distingue cinco formas de producción, en que de acuerdo al principio dialéctico, las cuatro últimas constituyen un avance con respecto a la precedente.

La primera es naturalmente la primitiva, en que los elementos de producción eran poseídos comunitariamente. La segunda es la antigua o clásica, en que el control de las fuerzas productivas estaba en manos de los dueños de esclavos; la tercera es la feudal, en la que aquél residía en el noble o señor; la cuarta es la actual o capitalista, en que las fuerzas productivas son controladas por el capitalista burgués y en que los obreros se ven obligados a trabajar para él por temor o necesidad. Finalmente, la quinta y última surgirá de la madurez del capitalismo, y será la futura o socialista, en que el control de las fuerzas productivas, al desaparecer la propiedad privada, estará en manos de quienes trabajan con los medios de producción.

Así presentada, la idea parece original, y quizás si hasta atractiva; sin embargo, contiene algunos errores que destacamos a continuación.

En primer término, la antítesis de la forma de producción antigua o clásica no fue el feudalismo sino las invasiones bárbaras que se dedicaron al crimen, al pi-

llaje y a la destrucción. De igual modo, la antítesis del feudalismo no fue el capitalismo, sino la pólvora, debiendo destacarse, además, que el orden feudal no era de índole económica sino militar.

El materialismo histórico trata de explicar los regímenes socio-políticos que ha tenido la sociedad, por su base económico-social. Dicha explicación fluye de su tesis fundamental, que la teoría de la lucha de clases es la razón única de los cambios sociales y en general de toda la historia humana.

A su vez, esta teoría se desarrolla a partir del supuesto que todos los hombres son iguales y que cualquier desigualdad entre ellos implica para los de posición superior un privilegio injusto, lo que es falso.

Los hombres nunca han sido iguales: ni en sus capacidades ni, por ende, en su posición social, que obviamente es una consecuencia de aquéllas.

La igualdad absoluta no pasa de ser una quimera desde que las capacidades de los hombres son diferentes. Cuando se habla de igualdad se trata de otra cosa. Por ejemplo: para el cristiano todos los hombres son iguales, por cuanto todos son hijos de Dios; para el estado también, pero desde el punto de vista de sus derechos ante la ley y sus oportunidades ante la vida. Pretender una igualdad social total es simplemente demagogia o demencia.

La desigualdad de los hombres tiene su origen en la división del trabajo, que, según el mismo Marx, es la condición esencial para el progreso.

Forzar la igualdad social siendo los hombres diferentes, implicaría nivelar hacia abajo, lo que constituye una brutal injusticia: ello significaría privar al esforzado del fruto de su esfuerzo, y al capaz del fruto de su capacidad; todo ello en beneficio del inepto y del perezoso. ¿Podría tal cosa llamarse "justicia social"? Siempre ha habido, y es necesario que haya hombres en posición privilegiada; no todos pueden sobresalir y la humanidad necesita de líderes que la guíen en los diferentes campos de su actividad. Un somero análisis histórico nos mostrará que su existencia normalmente ha sido un bien para la sociedad, y que los conceptos

"dominación" y "explotación" no son sinónimos, al menos en la inmensa mayoría de los casos.

Si los más capaces no hubieran sobresalido y dominado, estaríamos aún en un estado primitivo. Esta es una verdad aparentemente olvidada en la teoría de la lucha de clases.

Pero la mayor equivocación de esta teoría es su pretensión de explicar "toda la historia". Es fácil demostrar que tal aseveración no es cierta ni para el pasado, ni para el presente, ni para el futuro.

Según indica el mismo Marx, hay que distinguir en el pasado la sucesión de cuatro regímenes económico-sociales: la sociedad primitiva, la esclavitud, el feudalismo o edad media occidental, y el capitalismo liberal; el quinto y último será, según Marx, el comunismo. Ahora bien, la teoría de la lucha de clases tendría que explicar la transición de cada uno de dichos regímenes al siguiente, lo que por desgracia para el marxismo, no sucede. En efecto; en la sociedad primitiva no hay clases sociales, ya que no hay división del trabajo, por lo que tampoco puede haber lucha de clases; así la transición de la sociedad primitiva al régimen de esclavitud tendría que tener otra explicación. La transición de la antigüedad esclavista a la edad media feudal tampoco encuentra una mejor explicación en la teoría mencionada, ya que según ella la sociedad medieval debió haber nacido de la rebelión de los esclavos o de los plebeyos contra los patricios; pero nada de eso pasó. El Imperio Romano se derrumbó por decadencia moral y por las invasiones de los bárbaros que nada tenían que ver con una clase dominada. La sociedad feudal a su vez, nació de una asociación voluntaria entre siervos y señores, ninguno de los cuales tuvo relación alguna con la sociedad del Imperio Romano.

La sociedad burguesa contemporánea a Marx fue la única que nació de una auténtica lucha de clases entre la burguesía y la antigua nobleza, cuyo máximo exponente fue la Revolución Francesa. Incluso las luchas de la Independencia Americana pueden considerarse como parte de ese enfrentamiento.

Tenemos, pues, un solo ejemplo en que la teoría de la lucha de clases nos explica lo ocurrido, por lo que ésta, o es ab-

solamente falsa, o, en el mejor de los casos, constituye una generalización ilegítima de un ejemplo único.

Ahora bien, si tratamos de aplicar la teoría de la lucha de clases en el presente que para Marx era el futuro, vemos que tampoco funciona. Marx predijo con seguridad la autodestrucción del capitalismo y su reemplazo por el régimen comunista, según las leyes del materialismo histórico. De acuerdo con sus previsiones, los primeros países comunistas debían ser los que en su tiempo tenían el máximo desarrollo capitalista: Inglaterra, Francia, Estados Unidos. Pero hoy esos son precisamente los que continúan siendo más capitalistas, aun cuando debemos reconocer que el actual dista mucho de ser el capitalismo manchesteriano de la época de Marx; en todo caso, esos países no muestran ni el más leve asomo de ser comunistas, o aun simplemente socialistas.

Por el contrario, los países subdesarrollados de la época de Marx, en los que debiera florecer hoy el capitalismo para el establecimiento de una clase proletaria fuerte y combativa, como Rusia, China, Europa Oriental y Cuba, son actualmente los países socialistas. Vale decir: la historia no obedeció a las leyes que debían regirla, lo que señala inequívocamente que eran falsas. El análisis histórico de Marx adoleció de algunos errores, y, obviamente, debía ser errónea la conclusión basada en tales premisas.

Marx nunca definió qué entendía por clase social, pero afirmaba que desde tiempos inmemoriales habían existido invariablemente dos: una que controla los medios de producción y otra que no ejerce sobre dichos medios control alguno, y en base al antagonismo de estas dos clases estructuró su explicación de toda la historia, y predijo la victoria del proletariado y su constitución como clase gobernante. Obcecado con su teoría de que la fuerza que gobierna el mundo es la lucha de clases, no pensó que los obreros quizás no estuvieran preparados para asumir el papel que les había asignado, y que la negación del capitalismo podría conducir, no al socialismo como indicaba su teoría, sino al nacimiento de una clase social totalmente nueva, ni capitalista ni proletaria.

Esta doctrina intransigente, esta majadera insistencia del marxismo en que el

proletariado debe asumir todos los poderes del estado para edificar la llamada dictadura del proletariado, es uno de los mayores absurdos de la teoría comunista. Vaya un ejemplo para ilustrar esta posición: Si alguien sufre de un malestar al estómago, recurrirá al médico y no al zapatero; y lo hará no porque sea clasista o porque desprecie al zapatero, sino porque no es éste, sino el médico, quien está capacitado para solucionar su problema. Asimismo, cuando se le dañen los zapatos, acudirá al zapatero y no al médico, por más renombre y preparación que éste tenga. Lo dicho nos señala una verdad elemental: siempre, individual o colectivamente, buscamos sabiamente en la sociedad el elemento humano más apropiado para solucionar el problema que nos aqueja; y no cabe duda alguna que el elemento más apto que cualquiera sociedad tiene para gobernarse no reside precisamente en su mano de obra no especializada, sino en su intelectualidad.

Esta verdad es tan evidente que no requiere de mayores demostraciones.

El antiguo adagio romano: "Vox populi vox Dei", continúa hoy siendo tan falso como cuando fue acuñado, pese a haber sido revivido por el marxismo; y ello es lógico: la verdad no tiene por qué ser patrimonio exclusivo de una clase social determinada, menos aún si está integrada por el elemento humano de menor preparación intelectual.

A mayor abundamiento, el poder omnímodo y universal, ejercido por grandes agrupaciones humanas, cualquiera sea su dominación, produce la disociación del binomio inseparable de la buena administración política: Poder-Responsabilidad. Al ser todos responsables, en realidad no lo es nadie específicamente, y se produce un peligroso anonimato que permite la liberación de las bajas pasiones que siempre duermen reprimidas en el fondo de cada hombre.

Como por ejemplo, tenemos el caso de los controvertidos "tribunales populares": no son idea nueva, y su arbitrariedad es conocida. La Biblia nos habla de uno de ellos hace 2.000 años en Judea cuyo veredicto no ha sido olvidado por la humanidad.

Una noción importante de Marx es la de "alienación" o "enajenación". Lo que

quiso decir es que el obrero de su tiempo era como un extraño en el mundo y la sociedad creados por la clase dominante. La enajenación básica, para Marx, es la del trabajo y es una consecuencia del salario: el asalariado vende al patrón su fuerza de trabajo; por consiguiente, ni su trabajo ni el producto de éste le pertenece a él sino al capitalista, quien se enriquece gracias al trabajo de sus obreros, a los que paga sólo una parte de su fuerza productiva. El resto es "plusvalía", de la que el capitalista se apropia indebidamente para aumentar así continuamente su capital y por ende su poder, mientras el obrero se empobrece. En esta forma el hombre se desvaloriza, se deshumaniza, en proporción directa a la valorización que adquieren los objetos. Por otra parte, en esta falsa relación con los hombres y con las cosas el capitalista es también un alienado. En resumen, la sociedad capitalista es una sociedad de "enajenados".

Según Marx, esta enajenación básica produce además otras de índole religiosa, política o social y todas ellas sólo pueden superarse mediante una transformación revolucionaria de la sociedad.

Como la base de todas las alienaciones es económica o del trabajo, el acto revolucionario fundamental es la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, y el traspaso de dicha propiedad a la sociedad entera.

Marx sabía que su objetivo final no podía ser alcanzado bruscamente sino que eran necesarias etapas intermedias para llegar a la sociedad sin clases a que él aspiraba.

Todas estas ideas están comprendidas en su doctrina del estado, que es como un anexo de la teoría de la lucha de clases. Para Marx, el estado en su aspecto político es un instrumento en manos de la clase dominante para implantar y perpetuar su dominación.

Sin embargo, esta aseveración parece a primera vista contraria al sentido común, y un somero análisis de la historia confirma esta impresión, en la mayoría de los casos. Sostener lo contrario equivaldría a generalizar las excepciones.

En cuanto a su ateísmo, éste es total y absoluto; Marx rechaza no sólo todas las religiones sino aún la simple creencia en

la existencia de un Ser Superior. Pero un análisis de su pensamiento nos muestra que Marx, obcecado en su rechazo a Dios y a la religión, no entendió ni al uno ni a la otra, y lo que él ataca son simples caricaturas que se formó de tales conceptos. Así, pues, no vale la pena entrar a examinar en detalle sus ideas en este sentido. Esta actitud, por otra parte, es consecuente con su posición materialista y con el contenido filosófico de sus doctrinas.

Marx distingue tres fases en la evolución del estado: el estado anterior al comunismo, en todos los regímenes, desde la esclavitud al capitalismo; el estado "proletario" o socialista, que corresponde a la fase de la dictadura del proletariado, y luego la última fase de la evolución del estado en la teoría marxista; en ésta hay un período de transición en que el poder del estado "se extingue poco a poco" para desaparecer completamente dando paso a la sociedad comunista perfecta. Se habrá llegado así a una sociedad totalmente fraterna, casi paradisíaca, en la que no sólo no habrá diferencias entre los hombres, sino que incluso no habrá poder coercitivo alguno. Naturalmente, esta sociedad fraterna y absolutamente libre no podrá coexistir con otras sociedades o estados en los cuales se practique la "violencia organizada" en alguna forma —léase poder del estado ejercido contra los hombres o contra otros estados— por lo que la sociedad comunista perfecta requiere ser implantada en todas las naciones de la Tierra.

En 1516 Tomás Moro escribió una obra que con el correr del tiempo ha alcanzado fama mundial; describía en ella un lugar donde existía una sociedad igualitaria y fraternal, guiada por un gobierno justo y bondadoso, en la que no había pobres ni ricos, se había logrado erradicar los problemas sociales y todos eran felices y dichosos. La idea en realidad ya había sido desarrollada por Platón algunos miles de años antes en su obra "La República". Tomás Moro dio a la suya el nombre de ese país imaginario, empleando la palabra griega "Utopía" que significa "lugar inexistente" y desde entonces sirvió para designar algo que estimamos ideal, pero irrealizable.

300 años después, Marx nos describe nuevamente un paraíso terrenal, pero esta vez a escala mundial. La única diferen-

cia entre la utopía de Moro y la de Marx es que Lenin trató de poner en práctica la última.

Es conveniente destacar que la fase previa, dictadura del proletariado o fase socialista, es la que actualmente viven los países llamados países comunistas. No son pues comunistas sino simplemente socialistas; y el nombre adoptado por la nueva versión del Imperio Ruso: "Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas", lo deja claramente establecido.

Es curioso analizar también que, quizás sin proponérselo, el marxismo cae en la misma superchería que su fundador critica; nos referimos a la alienación religiosa.

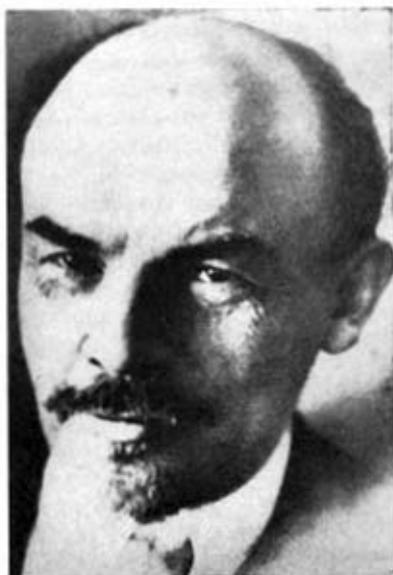
En efecto, Marx estima que la religión es una muestra de enajenación, hábilmente manejada por la clase dominante para perpetuar su dominio, o de evasión hacia otro mundo ilusorio, en espera de una felicidad irreal, lo que hace soportables y aun deseables los sufrimientos y miserias de hoy (en este mundo, para él el único real), constituyendo otros tantos méritos para la quimérica ventura de mañana.

El paraíso terrenal marxista cumple, sin embargo, la misma función: hacer soportables las miserias e injusticias de la fase previa, la dictadura del proletariado, ya que ellas son necesarias para alcanzar la sociedad fraterna futura que traerá la felicidad a todos y para siempre. Las religiones tienen al menos la ventaja de tejer ilusiones a un plazo más o menos conocido: una vida humana; Marx en cambio no fijó plazos, no dijo cuánto debía durar la fase de sufrimiento previo, la fase de espera llamada también dictadura del proletariado.

Rusia cumplió ya en ella 50 años, y no se advierte señal alguna de que esté por terminar.

## LENIN, EL PADRE DEL COMUNISMO

Vladimir Ilich Ulianov, más conocido como Lenin, nació en 1870, en Siambirsk, de una familia perteneciente a la pequeña burguesía rusa; su padre, de origen asiático y de claras ideas zaristas, fue un inspector de enseñanza primaria; su madre era de origen alemán. Lenin cursó sus estudios secundarios en el colegio de su ciudad natal, del cual estuvo a punto de



Vladimir Ilich Ulianov (Lenin)  
(1870-1924) Abogado ruso. Padre  
del comunismo contemporáneo.

ser expulsado por sus "ideas avanzadas", sanción que, sin embargo, quedó sin efecto gracias a la protección del director del colegio. Por capricho o ironía del destino, éste era nada menos que el padre de Kerensky su futuro adversario político. Más tarde, en la Universidad de Kasan donde estudió Derecho, no tuvo tal protección, y fue expulsado por revolucionario. Logró, pese a todo, presentarse a exámenes finales y se recibió de abogado. Hacia fines de siglo sufrió su primer arresto y fue deportado por 3 años a Siberia. A su regreso en 1900, marchó al exilio, y hasta la revolución vivió en diversos países de Europa Occidental.

La Revolución Rusa estalló el 15 de marzo de 1917, y a consecuencia de ella el zar debió abdicar, siendo reemplazado por un gobierno provisional de coalición presidido por el príncipe Gregori Lvov.

A pesar del deseo general de paz, el gobierno provisional decidió permanecer leal a los aliados y continuar la Primera Guerra Mundial, decisión que fue impugnada por el Soviet de Petrogrado. Esta divergencia llevó finalmente al país a la "Revolución de Octubre" y despejó el camino a Lenin, marxista ardiente y heterodoxo, que conmovió los cimientos de la dialéctica histórica al establecer en Rusia

un estado socialista, rechazando el dogma establecido por el mismo Marx en el sentido que el nuevo orden sólo podía madurar cuando el capitalismo hubiera reducido a todos, excepto a los propios capitalistas, a la condición de proletarios. Según Marx, era contrario a las leyes de la historia el que una revolución proletaria pudiera tener lugar en un país predominantemente agrícola, condición esencial de Rusia en ese momento histórico. Este es pues un caso en el que "la historia no obedeció a las leyes que la rigen".

Cuando estalló la revolución de marzo Lenin se encontraba en Suiza y no disponía de documentos, dinero ni contactos para volver a Rusia. Su regreso fue planificado y facilitado, junto con el de 19 revolucionarios más, por el Estado Mayor Alemán, con el fin de acelerar la Revolución e instaurar un gobierno proclive al cese de la guerra.

El 22 de julio cayó el gobierno de Lvov, siendo reemplazado por Kerensky y a raíz de ello Lenin debió huir a Finlandia. Ahí se dedicó a escribir una de sus obras más notables: "El Estado y la Revolución", la cual muestra, más que ninguna otra, que no obstante su inteligencia y su voluntad de hierro, Lenin fue fundamentalmente un utópico incapaz de ver más allá del "Manifiesto Comunista". Además de ésta, las obras más importantes de Lenin son "Materialismo y Empiricriticismo" y "Cuadernos sobre la lógica de Hegel" (1916).

Si bien en la mayoría de sus escritos se limita a repetir conceptos de Marx y Engels, siguiendo más de cerca a este último, sus obras se destacan en especial por la claridad de su síntesis, por lo que ha alcanzado un lugar preponderante en la ideología comunista, a tal extremo que el comunismo contemporáneo ya no se llama marxismo a secas, sino "marxismo-leninismo".

Además, por haber sido el primero que intentó llevar a la práctica la utopía marxista, ha sido llamado con razón, "padre del comunismo".

Luego de una abortada reunión comunista en julio, Lenin y sus camaradas dieron el golpe final conocido como "Revolución de Octubre" que paradójicamente tuvo lugar en noviembre. En efecto, hasta 1917 Rusia se ceñía al calendario Ju-

liano, que llevaba 13 días de atraso con respecto a nuestro calendario Gregoriano, por lo que el golpe de estado de Lenin, ocurrido el 25 de octubre del calendario antiguo, se produjo en realidad el 7 de noviembre.

El 27 de noviembre de 1917, por medio de un decreto, todas las industrias fueron transferidas a los obreros, que quedaron así convertidos en clase dirigente, y se creó el Soviet de Comisarios del Pueblo con la tarea de organizar la producción y dirigir los asuntos del nuevo estado socialista. Se abolió la propiedad privada, se nacionalizaron los bancos, se suprimieron la bolsa y la deuda pública, se reemplazaron los tribunales de justicia por comités de obreros y campesinos, creándose así los primeros "Tribunales Populares", se armó a los obreros convirtiéndolos en milicia, se anularon todos los tratados secretos, fueron demolidas las instituciones, y el caos en la forma de proletariado se hizo cargo de las riendas del gobierno.

Más tarde Lenin organizó la Unión Soviética como un estado federal formado por varias repúblicas autónomas, con el fin de impedir la desmembración del antiguo imperio de los zares, en el cual los rusos constituían una minoría, y ante los evidentes brotes de separatismo y deseos de independencia que comenzaban a surgir en diversas regiones.

Entretanto la Primera Guerra Mundial siguió hasta el 3 de marzo de 1918, en que se firmó en Brest-Litovsk un tratado de paz con Alemania y el 12 de octubre de 1920, en que se logró llegar a un armisticio con Polonia.

A continuación transcribimos algunos de los párrafos más decisivos, de este hombre que ha tenido tanta influencia en el destino social y político de la especie humana.

"Como el estado es el órgano de la clase dirigente, nos dice Lenin, resulta inevitable la conclusión de que el proletariado no puede derribar a la burguesía sin ocupar previamente el poder político y sin transformar el estado en un proletariado organizado como clase gobernante. Ello lleva a la conclusión que el estado proletario comenzará a debilitarse inmediatamente después de su victoria, ya que todo estado es innecesario y no puede existir en una sociedad sin antagonismo de clases".

"La revolución debe, por tanto, proseguir Lenin, concentrar todas sus fuerzas de destrucción contra el poder del estado, enfocando el problema, no hacia el perfeccionamiento del mecanismo estatal, sino hacia su ruina y aniquilamiento. No somos unos utópicos, queremos una revolución socialista de acuerdo con la naturaleza humana tal y como ésta es hoy, una naturaleza humana que no puede renunciar a la subordinación, al control y a capataces y empleados".

"No hay que olvidar que la abolición del estado significa también la abolición de la democracia. Democracia es un estado que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización para el empleo sistemático de la violencia por una clase contra otra, por un sector contra otro de la población. Nos hemos fijado el objetivo de abolir el estado, es decir, toda violencia organizada y sistemática, el empleo de la violencia contra la humanidad en general. No esperamos el advenimiento de un orden social que no observe el principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, pero al propugnar el socialismo estamos convencidos que evolucionará en comunismo, desapareciendo, por tanto, la necesidad de violencia contra el pueblo en general, de la sumisión de un hombre a otro, ya que el pueblo se acostumbrará a observar las condiciones elementales de vida social sin coacciones ni subordinaciones".

"Sólo en una sociedad comunista, cuando haya sido rota la resistencia de los capitalistas, cuando estos últimos hayan desaparecido y no existan clases, es decir cuando no haya diferencia entre los diversos miembros de la sociedad en lo que respecta a su relación social con los medios de producción, sólo entonces deja de existir el estado y es posible hablar de libertad. Únicamente entonces será posible y tendrá lugar una democracia realmente completa, una democracia sin pretensiones".

"Por último, prosigue Lenin, sólo el comunismo hace innecesario el estado, ya que no hay nada que suprimir. . . No somos unos utópicos. La base económica para una total desaparición del estado constituye una fase tan elevada en la evolución del comunismo que desaparece la antítesis entre un trabajo mental y trabajo manual".

Tras 20 años de profundo estudio de Marx, Lenin había llegado a la conclusión que era perfectamente factible sustituir de la noche a la mañana lo que él llamaba "grandeza oficial de los funcionarios estatales" por las sencillas funciones de los trabajadores y los administradores; funciones totalmente conciliables con la capacidad del ciudadano medio y que pueden realizarse a cambio de un salario obrero. Lo que se requiere, dice luego, es que todos trabajen por igual, cada cual en el lugar que le corresponda, recibiendo todos igual retribución. El conjunto de la sociedad, concluye Lenin, se habrá convertido en una sola oficina y una única fábrica, con igualdad en el trabajo y en el salario.

A guisa de comentario, reproducimos textualmente la acotación que al respecto hace el general Fuller:

"Al igual que cierto mandarín chino que jamás había traspasado las puertas de su palacio, pero habíase quedado ciego leyendo libros de guerra, Lenin no pudo abandonar nunca su buhardilla de Zúrich para vagabundear a lo largo de las numerosas fábricas de aquella ciudad, ni hay recuerdos, como sucedió con su maestro Marx, que realizara en su vida el más mínimo trabajo manual. En uno u otro caso, no habría podido escribir tan inusitados disparates. Fue un hombre obsesionado por una ilusión milenaria que le hizo equivocarse. Su puesto en la historia consiste en que fue el primero que llevó a la práctica en gran escala las enseñanzas de Marx, demostrando ampliamente al mundo que aquéllas sólo eran instrumento de confusión y caos".

No deja de ser curioso que Lenin, tal como Marx, no tratara de demostrar en sus escritos que el proletariado está realmente capacitado para desempeñar el papel rector que en ellos le asigna. Al respecto, cabe reproducir un comentario más de sus críticos: "No hay nada de ilógico, nos dicen, en el deseo de los desharrapados de apoderarse de las riquezas de los poderosos; ello forma parte de la realidad de la ley de la vida animal. El oso roba las colmenas y el lobo los rebaños, y extendiendo la cruda naturaleza de garras y dientes a la dimensión humana, no hay nada de irracional en la teoría de Marx de que alcanzando el poder, una clase social procede a devorar a la otra. Lo que sí es irracional es suponer que al robar la

colmena, el oso asume la industria de las abejas o que al atacar el rebaño, el lobo se vuelve tan pacífico como un cordero. Es sorprendente que un hombre de tan elevada inteligencia como Marx pueda haber creído en un canibalismo ritual en el plano social; que al arrebatarse las fuerzas de la producción a la burguesía y centralizarlas en manos del proletariado, este último adquiriría automáticamente la habilidad de la clase dirigente. Y es igualmente curioso que un hombre del calibre mental de Lenin pueda haber intentado llevar tal magia a la práctica".

"El proletariado organizado como clase dirigente —escribe otro crítico de renombre— es meramente una frase irresponsable, un disparate expresado por Marx... un futuro ilusorio al que falta todo grado de realidad. Sus miembros individuales, como en todas las clases, se ven gobernados por la naturaleza humana, los instintos inmutables que han formado la historia del hombre desde la creación".

El fin de la utopía no se hizo esperar, y pronto la cruda realidad vino a golpear duramente a Lenin para hacerlo desear de su sueño imposible. Los campesinos se hicieron cargo de la tierra no sólo para trabajarla, sino para hacerlo con ganancias, pero pronto dieron en cultivar sólo la porción precisa para cubrir sus propias necesidades, ya que los obreros industriales tenían poco o nada que ofrecerles a cambio de sus productos. Estos últimos, constituidos en clase dirigente, estimaban que nadie podía darles órdenes, y la indisciplina laboral cundió en las fábricas. Cuando necesitaban suelas para sus zapatos, sencillamente las cortaban de las correas de transmisión de las máquinas, ya que al fin de cuentas aquellas constituían su propiedad. Pero lo peor fue que recién transformados en "dictadores", inmediatamente se mostraron reacios a trabajar para sí mismos.

En esta forma la producción industrial, en lugar de alcanzar un acelerado desarrollo, como indicaba la teoría marxista, caminó rápidamente hacia su paralización. Con los campos en su mayor parte ociosos, los alimentos comenzaron a escasear y pronto el hambre sobrevino en las ciudades; los trabajadores industriales comenzaron a desertar de las fábricas y a invadir los campos en busca de sustento, lo que precipitó el caos.

Apremiado por la necesidad imperiosa de sobrevivir, Lenin olvidó muchos dogmas y teorías, y en la primavera de 1921 promulgó la "Nueva Política Económica", una virtual retirada del socialismo que marca la iniciación del capitalismo estatal en Rusia. Pero su más notable paso atrás lo dio el 20 de diciembre de 1917, cuando organizó una fuerza especial de policía: la "Checa", sobre el modelo de la antigua "Okrana" de los zares. Apparentemente su misión era combatir la contrarrevolución, pero su verdadero propósito era obligar a la nueva clase de gobernantes a cesar en sus devaneos y ponerse a trabajar. Como ante todo era necesario conseguir víveres para los obreros industriales, se arrebató la producción a los campesinos, lo que provocó la escisión de los social-revolucionarios; pero fue demasiado tarde: inmediatamente la Checa intervino provocando una oleada de terror, y el experimento marxista quedó ahogado en sangre, que no era precisamente burguesa. Lenin, con cinco miembros prominentes del partido bajo su jefatura, gobernó entonces con ayuda de la Checa y el Ejército Rojo creado por Trotsky. El resultado fue la guerra civil, e incluso la intervención extranjera

Lenin asimiló la interpretación marxista de la dictadura del proletariado convirtiéndose en víctima de una obsesión teológica doctrinaria, parecida a la de Lutero y Calvino en su época.

El proceso era la simplicidad misma: gracias a la revolución el proletariado se convertiría en clase gobernante, derrocaría a la burguesía arrebatándole todos los medios de producción, distribución e intercambio, y al centralizarlos en sus manos los desarrollaría en beneficio propio hasta que, luego de conseguida la victoria y cuando todo el mundo estuviera "proletarizado", el estado desaparecería para convertirse en una sociedad autosuficiente, capaz de operar por sí misma, desprovista de clases. Esta simplificación fue aceptada por Lenin, quien, como Marx, jamás efectuó una sola jornada de trabajo manual, y desconocía, por lo tanto, el lado humano de la vida de un obrero. También, al igual que Marx, sus opiniones sobre la administración nacional eran sumamente ingenuas: "Hemos de destruir el viejo absurdo, dice, salvaje, despreciable y aborrecible prejuicio, según el cual sólo los ricos (sin duda que-

ría decir la gente educada) son capaces de administrar el estado, puesto que cualquier obrero capaz de leer y escribir puede llevar a cabo semejante tarea de organización. Añadía que bajo el socialismo todos administrarían por turno y pronto se acostumbrarían a que nadie lo hiciera de manera exclusiva.

Lenin creía ciegamente que la electrificación unida al socialismo, constituía la vía más segura hacia la nueva Atlántida del comunismo, y no se daba cuenta de la evidente contradicción de las teorías marxistas, puesto que cuando todo el mundo lo poseyera todo, nadie en realidad poseería nada. Por otra parte, como tal despropósito llevaba en sí la eliminación de la iniciativa individual, ¿quién mantendría al proletariado al pie de sus tareas? Ello exigía la creación de una nueva clase de capataces, lo que significaba que la noción de que el proletariado pudiera convertirse en clase gobernante era una perfecta mentecatez.

Cuando el 7 de noviembre de 1917, fecha de la revolución de octubre, Lenin comenzó su lucha por el poder, era casi un desconocido, pero con el apoyo de los campesinos logró obtenerlo. Estos no podían sospechar que el motivo que impulsaba a Lenin era el de utilizarlos para liquidar a la burguesía, y que una vez logrado este propósito, los liquidaría a ellos a su vez, como efectivamente ocurrió.

Es notable estudiar comparativamente las obras de Lenin. A través de ellas se advierte que con el correr del tiempo va comprendiendo sus errores, o los de la doctrina que profesa, y en su último artículo, es ya un hombre totalmente desilusionado.

Quizás afectado por tanta desilusión cae gravemente enfermo a fines de 1921; en 1923 tiene que retirarse de la política activa, y el 21 de enero de 1924 fallece en su residencia campestre cerca de Moscú.

En sus obras más que nada repite los conceptos de Marx sin hacer esfuerzo alguno por someter a cierta crítica las ideas del maestro, pese a que la evolución real de las sociedades capitalistas había mostrado ya en 1914 ser diferente a lo predicho por el autor de "El Capital". Un discípulo más crítico habría hecho tal vez un intento por replantear sus razonamientos adaptándolos a la realidad.

Otro hecho notable es que dio más relevancia a la doctrina económica de Marx que a sus aspectos antropológicos, y a partir de entonces el marxismo-leninismo siguió su ejemplo, insistiendo cada vez más en lo económico y lo material de la realidad social, consecuencia quizás inevitable de la profesión de fe materialista. Así pues, el pensamiento del movimiento marxista va perdiendo humanismo, va perdiendo ideales, absorbido por los aspectos materiales y económicos del problema.

En cuanto a la teoría de la guerra revolucionaria, Lenin fue digno continuador de su maestro. Ambos estaban convencidos de que la revolución no sobreviviría a menos de conseguir una difusión mundial. Representaba un desafío al orden existente, tanto social como político y económico. No sólo significaba un nuevo sistema de vida sino que era imposible establecerlo de un modo permanente antes que el viejo sistema quedara destruido.

Lenin había proclamado que la revolución soviética no podía convivir con el imperialismo mundial; años más tarde Stalin reiteraría estos conceptos.

A fin de que la campaña subversiva se extendiera por el mundo entero, en marzo de 1919 Lenin fundó la "Primera Internacional" o "Komintern", instrumento con el que unifica a todos los partidos comunistas fuera de Rusia.

Como su objetivo estratégico era la revolución mundial, su táctica tenía también que ser revolucionaria: el propósito de la misma consistía en persuadir al enemigo a cambiar de opinión, no por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de las ideas; en otras palabras, en corromperlo interiormente hasta el punto de que se destruyera a sí mismo.

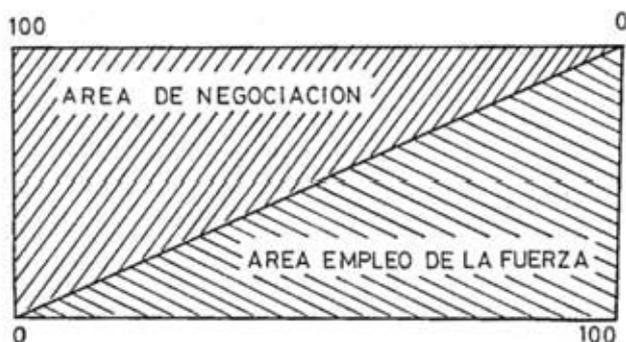
Al igual que Engels y Marx, Lenin quedó fascinado con la lectura de la obra "De la Guerra" de Clausewitz, y teniendo en cuenta su objetivo —la revolución mundial— definió una moral revolucionaria, pragmática y cínica: "el fin justifica los medios", es moral todo lo que contribuye al logro del objetivo final; la ética no tiene importancia, es un concepto burgués. La actitud correcta de un revolucionario no es tratar de solucionar los conflictos sociales del mundo capitalista, sino fomentarlos y agudizarlos para pre-

cipitar su destrucción. Estas ideas tan sólo, tornan al marxismo-leninismo en enemigo de todos los gobiernos, y debieran bastar para abrir los ojos a quienes aún creen que es una ideología política más, como tantas otras, y que es perfectamente factible convivir pacíficamente con él.

Clausewitz, como gran pensador militar, fue el primero en reconocer la importancia que el llamado "frente interno" tiene en la guerra; un análisis de la insistencia de Marx en la lucha de clases lleva a idéntica conclusión, con una diferencia: mientras para Clausewitz aquél sólo existe durante los períodos de hostilidades bélicas, para Marx y Lenin es en cambio permanente, y durante la paz está establecido con el fin de derrocar al gobierno. Esta diferencia es consecuente con el distinto concepto que uno y otros tienen

de guerra y paz. Para Clausewitz la guerra es la continuación de la política por otros medios; en cambio, para Marx y Lenin la paz es la continuación de la guerra por otros medios, medios incruentos, no militares. Marx y Lenin comprendieron que la guerra moderna tiene una cuádruple naturaleza: diplomática, económica, filosófica y sólo en último término, militar; ellos entendían perfectamente que se pueden perder campañas militares antes de haber disparado un solo tiro, y que la guerra se libra con medios diferentes, en campos también diferentes.

Conforme a estas ideas, prácticamente no existiría un estado social llamado paz, sino que la lucha sería constante, variando sólo los medios a emplear. Este concepto podría ser graficado de la siguiente manera:



Intensidad del conflicto.

En el gráfico puede apreciarse que, a medida que el conflicto es mayor, disminuye el área de negociación y aumenta el área de empleo de la fuerza y vice-versa, pero el conflicto, y por lo tanto la lucha, es constante.

De ese modo las relaciones políticas comunistas, tanto internas como externas, son idénticas a las existentes en las tribus primitivas: para sobrevivir frente a otros grupos cada uno de los miembros de la tribu debe estar dispuesto a sacrificarse

en la lucha, y para tener la necesaria cohesión interna en la tribu, el guerrero debe someterse a sus tabúes. Así, para sobrevivir, el grupo interno (comunista) debe poseer cohesión y someterse a una autoridad para alcanzar la mayor fuerza posible contra el grupo externo (capitalista), y tanto para el hombre de la tribu como para el revolucionario, el principio dominante es destruir o ser destruido.

(Continuará)

